
TRATADO SEGUNDO.

DEL GOBIERNO POLÍTICO Y DOMÉSTICO DE LOS NATURALES
EN SU GENTILIDAD.

CAPITULO I.

De los oficiales de la república y corte mexicana,
y de la guarda que tenia el palacio real.

1. Despues del rey que heredaba, como se ha visto, guardando el orden de la descendencia de la sangre real, habia un virey que llamaban cihuacohuatl, que el rey proveía y era su segunda persona en el gobierno, de cuya sentencia no habia apelacion á otro. Tan absoluta era la autoridad que le daba, que reservando el rey en sí la autoridad real, era en la judicatura igual. Despues de éste habia otro juez, llamado tlacatecatl, que conocia de causas civiles y criminales. Éste tenia dos acompañados: el uno

llamado quauhnochtli y el otro tlalilotlac: éstos todos los días, á mañana y á tarde, vestidos de mantas ricas y de unas como túnicas, que eran sus togas, asistían en una sala particular que llamaban tlatzontecoyan: tenían sus ministros y tenientes: tenían dos géneros de cárceles, la una llamaban tel-pilollan, donde estaban los presos: la otra cárcel era una casa oscura con una puerta pequeña como de palomar: en ella había jaulas de tablones y de maderos gruesos que llamaban quauhcalco: cerraban las puertas arrimándoles piedras grandes, y tenían guardas con vigilancia porque no hubiese fuga. De estas á poco tiempo salían flacos y macilentos, así por la poca comida como por la crueldad de la cárcel. Oían las causas estos jueces con autoridad, medida y silencio: la sentencia salía en nombre del Tlacaatécal, y solo tenía apelación al virey, que era la persona del Cihuacohuatl: su ejecución corría por el quauhnochtli, que hacía oficio de alguacil mayor, y la ejecutaba por sus propias manos. Manifestábase y declarábase la sentencia por otro que llamaban tecpoyotl, que quiere decir prègonero; y no era oficio vil, sino de mucha estimación, por cuanto declaraba la voluntad del rey, y sus ministros, y así lo era un hombre noble.

2. Para el buen despacho de los negocios de la corte, había varios oficiales, un mayordomo mayor, que llamaban hueycalpixqui, con otros menores de cada parcialidad el suyo. Éstos cobraban los tribu-

tos y daban cuenta al mayordomo mayor: traían los cobradores una vara en la mano y un abanico en señal de que eran del palacio: eran aborrecidos por la crueldad con que cobraban, y si se hallaba en ellos mala cuenta tenían pena de muerte en cada parcialidad, que llamaban calpolli y ahora tlaxilacalli: había uno como regidor que llamaban teuhlli: éstos asistían á palacio todos los días á saber lo que el mayordomo les ordenaba: éstos entre sí elegían cada año dos en lugar de alcaldes, que llamaban tlayacanque y tequitlatoque, que ejecutaban lo que por los teuhbles se les mandaba; y para ejecutores tenían unos alguaciles que hoy llaman topile, porque traen varas y entónces no las traían, que acudían las teuhbles para las cosas manuales que se ofrecían en palacio.

3. Todos eran tributarios, porque los caballeros tributaban con la asistencia de sus personas, así en la guarda del palacio como en las guerras en que era mayor el gasto por los que le acompañaban. Los mazehuales pecheros eran en tres maneras: unos que estaban dedicados para las fábricas de casas, que eran de los mas cercanos pueblos: estos tenían obligación de la limpieza y policía del palacio y ciudad, y no daban tributo: otros la tenían de proveer de leña y carbon para la cocina, y braseros, que llamaban tlecuillan, y no era poca molestia, porque se gastaban quinientas cargas que hacían más de mil arrobas cada día: otros eran labradores

que tributaban, y eran las tierras en tres maneras: tierras de señores, que llamaban pillali; tierras de hidalgos, unos por nobleza de su sangre, estos podían tener terraseros y vender sus tierras: de éstas se sustentaban y no daban tributo al rey: otros hidalgos de merced, que por servicios en la guerra eran caballeros pardos y se les daban tierras: éstas no las podían vender, pena de que quedaban para el rey; y si moría sin heredero, quedaban á cuenta del barrio para dar de ellas el tributo de lo que cogían, que era de tres fanegas una.

4. Otras tierras eran de la recámara del rey: los que la labraban se llamaban teopantlaca, gente de palacio. Estos tenían obligación de reparar las casas reales y limpiar los jardines, de acompañar al rey cuando salía, y era gente de estimación: no daban más tributo que ramilletes y pájaros con que le saludaban: otras suertes de tierra eran para el bizcocho de las guerras, que llamaban milchimalli: de éstas servían para el grano tostado con que hacían cierta bebida, y le llamaban cacalomilpan. Todas estas tierras tenían en su mapa pintadas, y para excusar confusión, las tierras de los barrios estaban pintadas de color amarillo claro: las de los principales de encarnado, y las del rey, de carmin encendido.

5. Finalmente: tan sujetos tenía el emperador Motecuhzuma á sus vasallos, y tan avasallados á los que sujetaba, que así renteros que labraban tier-

ras arrendadas, como pecheros (que llamaban esclavos, porque no pagando los vendían), le daban de lo que cogían de tres fanegas la una, y de todo lo que criaban de tres uno, de pollos, aves y perros, que castrados, los vendían para comer. Y fuera del tributo, servían con sus personas todas las veces que á la guerra y caza eran necesarias; y tenía una piedra en que moler el maíz, una olla en que cocer yerbas para comer, y una estera en que dormir. Los mercaderes que vendían sal, cacao y otras cosas, daban el tributo como los otros, y lo daban cada mes y cada año; tan oprimidos, que si comían un huevo les parecía que el rey les hacía merced, porque fuera de esto les tasaban lo que habían de comer, y lo demás se lo quitaban. Estas opresiones les parecía ser necesarias por tenerlos con sujeción segun eran sus inclinaciones malas. Ahora que están debajo de la corona de nuestra España son tan libres, que se tratan los muy pobres mejor que entonces los más nobles; porque es tan poco lo que tributan, y tantas las granjerías y oficios en que son aprovechados, que si no fueran tan holgazanes y gastaran en borracheras lo que buscan, fueran muy ricos, y vivieran más que los españoles descansados. Permite Dios el que sean pobres para que estén humildes, porque en viéndose con caudal son altivos; y yo conocí en Xiutepec un gobernador que en sus labranzas había granjeado muchos dineros, y diciéndole que casase sus hijas y les die-

se dote, qué para qué quería el dinero, me respondió que para defender á su pueblo y su persona contra los alcaldes mayores y ministros: el tiempo dará á entender que es necesario poner cuidado en que no sean tan altivos, que como las justicias los amparan tanto, se van soltando mucho. La intencion de su majestad en ampararlos es muy buena, para que conozcan la diferencia en la suavidad que hay del tiempo de la idolatría al tiempo de la gracia; pero tambien se ha de advertir que su malicia es mucha.

6. La guarda que tenía en su palacio era de más de seiscientos principales, que con sus armas le asistian, y de tres mil gobernadores de lugares diferentes: éstos traían á tres y á cuatro criados, y venían á ser por todos más de tres mil; y otros dicen que pasaban de cinco mil. Los caballeros subian arriba á las salas; los criados se quedaban abajo, y con ser tan espaciosos los patios los llenaban todo, comian de lo que sobraba en el palacio (como tengo dicho): los señores tenían casas propias en la ciudad, y á ellas venían los de aquella provincia á parar con los tributos, y de esta suerte si algo era necesario los llamaban para los negocios de aquella parte. Ninguno se iba sin licencia del rey, y dejaba en su lugar un hijo, ó hermano, ó persona grande en su lugar, por seguridad de que no se alzaria. De aquí se originó la costumbre que hasta hoy dura de tener cada gobernacion casa de comunidad en

la corte, donde vienen todos á parar, que llaman tequicalli, cuando vienen á algunos negocios á la corte.

7. Tambien fué prudente providencia de los mexicanos el tener señalada la ciudad de Culhuacan, que está dos leguas de México á las orillas de la laguna dulce para que en ella se recogiesen los viejos y los impedidos que habian en la guerra servido, con órden para que allí fuesen servidos y regalados: por esta razon dicen algunos que se llamó Culhuacan, lugar de los abuelos; que coltzin quiere decir abuelo. En este pueblo está hoy un convento de N. P. S. Agustin, cuyos religiosos cuidan de aquella doctrina, y por el retiro que tiene lo han propuesto para convento de recoleccion, por parecer por la cercanía acomodado, y por el retiro conveniente.

CAPITULO II.

De los embajadores y correos, y el modo que tenían en sus embajadas y misiones.

8. No hubo jamás nación, por bárbara que sea, que no conociese la necesidad de emperadores para tratar con otras naciones los negocios, y que este cargo traía consigo el seguro de la vida y la libertad de la persona; y para que los embajadores fueran conocidos y que no afectasen ignorancia los que les pretendían ofender maliciosos, traían señales que demostraban sus embajadas. Varias fueron las insignias de que usaron las naciones. Los gentiles decían que Mercurio era embajador de los dioses; y esto refiere Virgilio cuando dice que Júpiter le envió á requerir á Eneas que saliese de Cartago y pasase adelante en persecucion de su jornada. La insignia que dicen que llevaba era una vara en la mano para denotar que así como la vara puesta entre dos cosas las diferencia, así un embajador puede poner paz y quitar las diferencias. Los egip-

cios, en la vara, llevaban dos culebras revueltas y atadas por la colas, y por arriba juntas las cabezas; y esto fué porque decían que yendo Mercurio con una embajada por la provincia de Arcadia, sucedió que dos culebras estaban entre sí peleando, y él, queriendo poner paz, arrojó en medio de ellas la vara, y asiéndose de ella cesó la contienda entre las culebras, por lo cual era aquella insignia de paz, de todos conocida, y llamáronle caduceo, à *cadendo*, porque cayó la vara entre las dos culebras; y otros añaden que es à *cadendo* y *ducendo*, que cae y guía, y así á los embajadores llamaron los griegos caducatores. Los africanos y cartaginenses llevaban una lanza, y con ella andaban en paz y en guerra; y cuando llevaban negocios de armas, llevaban dos tablas: en la una se hacían describir las leyes de la guerra; y si trataba de paz, en la otra los medios de la paz. De aquí sabemos que yendo Guinoto Museyo por legado de los romanos sobre la paz ó guerra de Cartago, el embajador Cartaginense les dijo: Escoged, romanos, cuál de estas dos tablas escogéis, que para la paz ó guerra estamos dispuestos. Y cogiendo ambas tablas el romano, dijo: Vosotros sois los que habeis de escoger, que nosotros no. Los sirios llevaban levantada la mano derecha en señal que con aquella mano habían de firmar lo que prometían. Los persas llevaban unas ramas de la yerba lactasea, que partida echa leche y tiene la hoja como oliva. Los romanos la sagminia, que es

la verbena, todos denotando, para seguridad de sus personas, el cargo.

9. Las gentes de esta Nueva-España indianas tenían sus embajadores, y siendo de reyes á reyes, eran de los mas nobles. Las insignias de que iban vestidos eran las del mismo rey que le enviaba, con una vestidura verde, á manera de dalmáticas, con unas borlas de ellas pendientes. Llevaban plumas ricas con unas borlas de colores: encima de la vestidura verde una manta muy delgada torcida de punta á punta, revuelta al cuerpo con dos nudos á los hombros: otra manta, mas gruesa, doblada, que con un pequeño cordel pendia de los hombros sobre el pecho: en la mano derecha llevaba una flecha por la punta, y las plumas hácia arriba: en la izquierda una pequeña rodela y una red en que llevaba la comida: cuando entraba en tierras de enemigos no salian del camino derecho, pena de perder el privilegio de embajador. Si era embajador de rey, por las insignias conocido, en llegando al pueblo paraba, y los oficiales del señor á quien iba á visitar lo salian á recibir: llevábanle á la casa de posadas dispuesta (que llamaban calpizca), donde le trataban conforme á la calidad de la persona que le enviaba. Avisado el señor, en compañía de los principales de casa, con rosas en las manos que le daban, compuesto y callado, recorriendo lo que habia de decir, le entraban en la sala, donde hallaba sentado al señor; y haciendo un profundo acata-

miento, en medio de la sala se sentaba sobre sus pantorrillas, como dicen en cluquillas, y encogida la manta delgada de que entraba vestido, hecha señal en voz baja y elocuente (porque eran los mas elocuentes los escogidos para esta funcion), proponia su embajada. Oíanle los principales en sus banquillos (que llamaban yepalli), cada cual sentado. Acabada la embajada, le volvian á la posada mientras se juntaban para la respuesta; y en dándosela, le ponian en la redesilla algo que por el camino comiese, y acompañándole hasta la salida del pueblo, como lo hicieron á la entrada, le daban algunos presentes, los cuales recibia si eran amigos; pero si eran contrarios no los recibia sin licencia de su señor, que por eso llevaba el orden que le daba; y en todo caso salia con cortesía despachado, porque era delito grave, de que se tomaba venganza, el no guardarle los fueros de embajador, como lo hizo David, que enviando sus embajadores al rey Annon de los amonitas á darle el pésame de la muerte de su padre Naas, y el parabien de su reinado, los envió afrentados; y enojado David, tomó venganza de ellos, castigando su trato tan infame.

10. Los correos pasaban tan bien seguros por cualquiera parte, porque era para ellos un sacrilegio maltratarlos. Para ser conocidos llevaban insignias, conforme al negocio que llevaban. Antes de romper la batalla llevaban el cuello con una cinta de color atado, y una manta al cuello ceñida,

y en figuras el negocio á que iban enviados pintado. Estos iban solos, que los embajadores, si eran de alguna provincia, iban cuatro ó seis de autoridad para que con mas eficacia se consiguiese el intento. Si el negocio de los correos pedia alguna prisa, tenian, á trechos de cuatro ó seis leguas, unas torrecillas con garitas, que llamaban techialoyan (lugar donde se guarda), y allí el correo, que llamaban titlanque ó pain, daba á otro el recaudo, y corriendo, vestido de la manera que el primero, pasaba al segundo y éste al tercero, y así los demás; y de esta suerte, corriendo en una hora cuatro ó cinco leguas, llegaban con presteza. A los correos mexicanos, como eran de todos enemigos, aconteció muchas veces el maltratarlos; porque los mexicanos eran, como Esaú, contra todos, y todos contra ellos.

11. En llegando á la ciudad, si era el suceso de la guerra malo, el correo entraba por las calles desgreñado, el cabello tendido por el rostro, y sin hablar con persona alguna se iba solo y triste. Los que le veían comenzaban á lamentarse: unos por sus hijos, otros por sus deudos. Llegaba á los piés del señor, daba razon, y se ponía luego remedio conforme el daño; pero si era el correo de victoria y buenas nuevas, entraba trenzado el cabello y ceñido un lienzo blanco, en la mano siniestra una rode-la y en la derecha una macana, haciendo gentilezas, jugando y esgrimiendo con ella. En viéndolo hacian

alharacas de alegría, y le acompañaban hasta el palacio para saber la buena nueva. Dábala al señor, y luego se publicaba: mandaba darle de vestir y haciale algunas mercedes, porque siempre era hombre de autoridad ó capitán el que venia; y con todo, mandábale detener en el palacio hasta certificarse con segundo correo de las nuevas. Debía de suceder entónces lo que ahora con las nuevas acontece, que suele á las primeras nuevas decirse más de lo que viene, y se añade más á la verdad que sucede; y si acaso mentia, lo mandaba el señor matar por la mentira. Solian traer consigo, para mayor ciencia, algun cautivo; y si era de los contrarios capitán, lo hospedaban y regalaban algunos dias, y luego lo sacrificaban á los cuarenta dias. Sus carnes las repartian á los señores, que las recibian como agasajo, y retornaban al señor con plumas, plata, oro ó piedras de estimacion, en agradecimiento del regalo.